
Psicología y celibato

Psychology and Celibacy

RECIBIDO: 15 DE ENERO DE 2018 / ACEPTADO: 23 DE FEBRERO DE 2018

Wenceslao VIAL

Pontificia Università della Santa Croce. Facoltà di Teologia
Roma, Italia
ID ORCID 0000-0001-9716-8755
vial@pusc.it

Resumen: ¿Es posible la armonía psicológica en el celibato? El artículo se adentra en los conceptos de amor y sexualidad en el proceso de madurez. Las notas de identidad, autonomía y autoestima se relacionan con la fe, la esperanza y la caridad. Se explican algunos obstáculos psicológicos que dificultan una existencia plena y cómo afrontarlos. La coherencia o unidad de vida se presenta como el eje de la personalidad. El celibato es un don que se desarrolla con el empeño de la voluntad y la gracia de Dios.

Palabras clave: Psicología y celibato, Celibato, Madurez y Sexualidad, Vocación cristiana.

Abstract: Is psychological harmony possible in celibacy? The article explores the concepts of love and sexuality in the process of maturity. Identity, autonomy, and self-esteem are put into relation with faith, hope, and charity. Psychological obstacles to a fulfilled existence and how to deal with them are explained. The coherence or unity of life is presented as a central aspect of personality. Celibacy is a gift that develops through willpower and God's grace.

Keywords: Psychology and Celibacy, Celibacy, Maturity and Sexuality, Christian Vocation.

INTRODUCCIÓN

Miles de mujeres y hombres se sienten llamados al celibato por amor a Dios. La perspectiva psicológica en el estudio de esta realidad ha adquirido recientemente más importancia. Las últimas disposiciones sobre la formación de los candidatos al sacerdocio, por ejemplo, aconsejan vivamente hacer evaluaciones psicológicas a los seminaristas¹.

En estas páginas, analizaremos algunas relaciones entre los procesos psicológicos y el celibato cristiano. Estudiaremos el fenómeno existencial y teológico en su globalidad, sin examinar las diversas modalidades. Las referencias al celibato sacerdotal serán más frecuentes, porque de su resplandor participan las demás expresiones de este don². Tomamos como premisa la unidad física, psíquica y espiritual del ser humano. Asumimos pues, que una grieta en cualquiera de estas dimensiones puede lesionar la entera estructura de la persona³.

El objetivo principal será mostrar cómo influye el celibato en el crecimiento armónico de la personalidad. Algunas ideas quedarán sólo esbozadas, porque muchos otros autores ya profundizan en ellas, en el marco de gran riqueza que representa la evolución del pensamiento teológico, especialmente a partir del concilio Vaticano II, sobre la excelencia y la utilidad pastoral del celibato⁴. Pondremos el énfasis en lo que permita un mejor discernimiento, favorezca la perseverancia y prevenga dificultades. Somos conscientes de que es imposible agotar el argumento desde la psicología, y de los límites en los actuales estudios empíricos⁵. Quienes subrayan excesivamente los elementos psicológicos olvidan, con frecuencia, la primacía de la gracia y los beneficios del acompañamiento espiritual.

¹ Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 8 de diciembre de 2016, nn. 191-196.

² Cfr. LÓPEZ-DÍAZ, J., «Sacerdozio comune, sacerdozio ministeriale e celibato», en TOUZE, L. y ARROYO, M. (eds.), *Il celibato sacerdotale. Teologia e vita*, Roma: EDUSC, 2010, 213-225.

³ Para profundizar: VIAL, W., *Madurez psicológica y espiritual*, Madrid: Palabra, 2016.

⁴ Para estos aspectos, cfr. SELIN, G., *Priestly Celibacy. Theological Foundations*, Washington (D.C.): Catholic University of America, 2016.

⁵ Las investigaciones están frecuentemente sesgadas por la personal visión de la religión y prejuicios; el escándalo de los abusos sexuales, por ejemplo, ha fomentado una visión negativa del celibato sacerdotal, aunque sea baja la proporción de sacerdotes que hayan cometido ese crimen: cfr. ISACCO, A. et al., «How Religious Beliefs and Practices Influence the Psychological Health of Catholic Priests», *American Journal of Men's Health* 10 (2016) 4, 325-337.

1. DEL AMOR HUMANO AL AMOR DIVINO

«Sin amor no se puede vivir»; es una afirmación esencial. Sin embargo, cuando se vacía de contenido, puede apoyar la tesis de que el celibato es peligroso o no conduce a la madurez. Para devolver el brillo a ese enunciado, nos ayudará comprender la psicología del amor humano y cómo abre las puertas al amor divino.

El *eros*, tradicionalmente entendido como el amor entre una mujer y un hombre, no se reduce a instinto y sexo. Es propio del ser humano no quedarse sólo en la búsqueda del placer para sí mismo, sino descubrir a otra persona como sujeto con una dignidad única e irrepetible. A las emociones o afectos, a una atracción inicial, que pueden disminuir o desaparecer, sigue un deseo de fiel donación, que comporta sacrificio. Así, el *eros* se eleva, sin convertirse en ídolo ni degradarse. Se abre paso una nueva forma de amar, llamada *agapé*, que no contradice sino que complementa al *eros*, y que busca sobre todo el bien del otro: ser para él o ser para ella⁶.

Mantener este amor requiere un empeño de la inteligencia y la voluntad, que se manifiesta en multitud de detalles. Para actuar humanamente no cabe fijarse sólo en la reacción emotiva, poco controlable, poco libre y fugaz del *me gusta o no me gusta, lo siento o no lo siento*, propias de la fascinación inicial, de un deseo pasional seductor y ciego que arrastra o deja de arrastrar: es preciso distinguir psicológicamente el amor del enamoramiento⁷.

Tanto el amor humano como el divino se fundan en estas premisas. Por eso, la realidad del matrimonio y el celibato se iluminan mutuamente. En ambos hay un proceso de madurez, en el que influyen factores psicológicos y espirituales; en ambos tiene cabida el mundo afectivo, en ambos se da y se recibe, subsisten el *eros* y el *agapé*. El matrimonio está precedido de un noviazgo y el celibato por un periodo de prueba. Quien se enamora de otra persona con vistas a un vínculo estable, ha de conocerla bien, ir más allá de la atracción física y del deseo sexual⁸. Quien se siente llamado por Dios para entregarle el corazón también entra en un camino de discernimiento, que puede dar lugar a un para siempre.

⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005, nn. 2-8.

⁷ Cfr. LEONARDI, M., *Como Jesús. La amistad y el don del celibato apostólico*, Madrid: Palabra, 2015, 36-63.

⁸ Cfr. VIAL, W., «Cómo alcanzar la madurez necesaria para casarse», *Palabra* 652 (2017) 64-67.

La madurez afectiva de quienes desean vivir el celibato implica reconocer el papel central del amor en la existencia⁹ y tener una libertad psicológica que permita salir de uno mismo. Se trata de *dejarse poseer* por un Dios personal, corresponder a su amor y al don que nos ofrece. Hay en esto una diferencia significativa con el celibato que se practica en algunas religiones orientales. En éstas, el hombre es el promotor y el ejecutor de algo que se considera útil para la sabiduría y para el equilibrio emotivo: un celibato para evitar el riesgo que, según sus seguidores, comportan las emociones y los apetitos. El celibato cristiano, además de valorar positivamente la afectividad, tiene otro objetivo: entregarse, *complicarse la vida*, para amar y servir. Esto se muestra de modo claro en el sacerdote, tomado de entre los hombres (cfr. Heb 5,1), como servidor de sus hermanos¹⁰.

Con este desafío, madura una relación de amor que integra los aspectos de la personalidad, incluida la sexualidad, que es un elemento constitutivo de la persona: no algo meramente sensitivo, sino también racional¹¹. Ya los griegos señalaban que la clave del amor está en aspirar a la belleza, en poseer lo bueno, en la *sed de inmortalidad*. Platón pone en boca de Diotima la idea de que sólo el amor bello permite perpetuarse y que la fecundidad es una obra divina. Describe, así, un desarrollo progresivo desde el deseo de un cuerpo al de un espíritu, a la sabiduría y, finalmente, a la aspiración por lo Bello, por lo divino e inmortal que existe eternamente¹².

Quien decide abrazar el celibato por amor al Reino de los Cielos (cfr. Mt 19,12) aspira directamente a esta «belleza eterna, increada e imperecedera, exenta de incremento y de disminución»¹³. Renuncia al uso de la capacidad reproductiva y al placer que lleva asociado, pero no a su esencia sexual. Anhela lo bello y desea perpetuarse, ser espiritualmente fecundo.

La tendencia innata a lo bueno se sacia cuando buscamos y encontramos algo fuera de nosotros mismos, que tiene por fruto la dicha de poseer aquello que se desea. Así lo expresa el libro de la Sabiduría, aludiendo a la unión del alma con Dios: «El amor es la observancia de sus leyes, (...) garantía de in-

⁹ Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, n. 44.

¹⁰ Cfr. DEL PORTILLO, Á., «El celibato sacerdotal en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*», en LORDA, J. L. (ed.), *El celibato sacerdotal. Espiritualidad, disciplina y formación de las vocaciones al sacerdocio*, Pamplona: Eunsa, Astrolabio, 2006, 107-127; publicado antes en *Palabra* 32 (1968).

¹¹ Cfr. SARMIENTO, A., «Persona, sexualidad humana y procreación», en IZQUIERDO, C. y MUÑOZ, R. (eds.), *Teología: misterio de Dios y saber del hombre*, Pamplona: Eunsa, 2000, 553-581; PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado*, 8 de diciembre de 1995.

¹² Cfr. PLATÓN, «El banquete, o del amor», en *Diálogos*, 33ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1995, 251-261.

¹³ *Ibid.*, 260.

mortalidad» (Sb 6,18). Lo que llena a un alma enamorada no es un objeto, sino una persona. Y dentro de los dos tipos de compromisos, «la virginidad tiene el valor simbólico del amor que no necesita poseer al otro, y refleja así la libertad del Reino de los Cielos»¹⁴.

El libre amor a Dios y a los demás es el fundamento del celibato, en cualquiera de sus significados, siempre presentes en cada una de las formas en que se concreta¹⁵: el testimonio escatológico, más específico de los religiosos; la razón cristológica de los sacerdotes, con el acento en la imitación al maestro, en su estilo de vida y en su ser esposo de la Iglesia; y el motivo eclesiológico, más evidente en los laicos, donde destaca la disponibilidad para el apostolado¹⁶.

El celibato facilita anunciar el evangelio, ayudar a los pobres o discapacitados, acompañar y acoger a otros. Pero una visión exclusivamente funcional, como útil para algo, le quitaría fuerza y valor. Es más bien una condición capaz de colmar el corazón humano y sus deseos de bondad; es una respuesta a Cristo que quiere, llama y pide dejarlo todo (cfr. Mt 19,21).

El temor a las obligaciones del matrimonio o el miedo o desprecio de la sexualidad no sería una motivación adecuada para el celibato. El desarrollo teológico ha superado también la visión del celibato como instrumento de curación, para sanar las heridas del pecado. «En la virginidad y el celibato la castidad mantiene su significado original, a saber, el de una sexualidad humana vivida como auténtica manifestación y precioso servicio al amor de comunión y de donación interpersonal»¹⁷.

Tampoco sería sano optar por el celibato porque no quedara más remedio: deseando que no fuera una exigencia de la Iglesia, o simplemente por no

¹⁴ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, 19 de marzo de 2016, n. 161.

¹⁵ Cfr. PABLO VI, Encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, 24 de junio de 1967, nn. 19-34. El Vaticano II había ya subrayado la presencia de estas tres dimensiones en los presbíteros: cfr. Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 7 de diciembre de 1965, n. 16. Antonio Aranda, en el cincuentenario de la encíclica de Pablo VI, denomina «armonía teológica» a la conformidad y continuidad de ese texto con documentos magisteriales previos y posteriores; resalta este autor la dimensión cristológica y eclesiológica de los argumentos empleados al exponer la conveniencia del celibato ministerial, que tienen en el horizonte «formar la personalidad de un hombre de Dios»: cfr. ARANDA, A., «La encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, cincuenta años después», *Scripta Theologica* 49 (2017) 403-425.

¹⁶ Sobre el celibato de los laicos: CHUVIECO, E., *Sentido y vivencia del celibato de los laicos*, Madrid: Digital Reasons, 2017; para otros significados: OUELLET, M., *Celibato e legame nuziale di Cristo alla Chiesa*, Città del Vaticano: LEV, 2016.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n. 29. San Juan Pablo II explicó desde el principio de su pontificado que el cuerpo mismo es un don, con un lenguaje que hay que conocer y respetar, en el matrimonio o en el celibato: cfr. IDEM, *Hombre y mujer los creó. Catequesis sobre el amor humano*, 2ª ed., Madrid: Cristiandad, 2010.

haberse podido casar. Esto no impide, de todos modos, que la gracia de Dios actúe en diversas circunstancias y transforme las motivaciones. Hay quienes buscan un compañero o compañera de vida sin encontrarlo, o personas viudas o abandonadas que deciden servir a Dios con un compromiso nuevo en celibato, con gran generosidad y provecho.

Un requisito necesario para todos será, por tanto, la madurez y la capacidad de amar. Los célibes no limitan su riqueza afectiva: no es que no puedan casarse porque no podrían amar castamente. Están llamados a vivir una sexualidad integrada; es decir, conocer, sujetar y hacer suyos los dinamismos físicos, fisiológicos, psicológicos y espirituales de la sexualidad: «La integración no puede consistir en la supresión o minusvaloración de cualquiera de ellos; por el contrario, ha de cifrarse en la armonización de todos ellos dentro de la unidad de la persona»¹⁸. La sexualidad se considera en todo su valor, al tiempo que se deja que sea Dios quien colme el mundo interior a través de una relación más íntima, para llevar a otros su afecto y aprender a servirles¹⁹.

Una manifestación de madurez es la autotrascendencia, concepto clave en la psicología de Frankl²⁰, que consiste en la capacidad esencial del ser humano de salir de sí mismo, de superar sus condicionamientos externos e internos y dirigirse hacia una realidad objetiva fuera de uno. La autotrascendencia se relaciona con la *voluntad de sentido*, que empuja a buscar el significado de la existencia y una misión que nos espera.

El amor verdadero y autotrascendente es un acto espiritual que constituye la relación interpersonal más elevada. Nos encontramos con un *yo* que ama a un *tú*, algo superior a la simple afectividad y a los condicionamientos psicofísicos, que llega al espíritu. Frankl, en línea con otros autores, distingue tres tipos de amor. El más primitivo o sexual, que se refiere a lo corporal; una forma superior o erótica, que alcanza el nivel psíquico, es decir, la emotividad y ciertos rasgos de carácter que ocasionan el enamoramiento; y un amor auténtico, que consiste en la orientación hacia la persona espiritual del amado. El amor pleno no se queda en lo que la persona tiene, sino que capta lo que es: su esencia. Va más allá de la existencia terrena y es para siempre²¹.

¹⁸ SARMIENTO, A., «Persona, sexualidad humana y procreación», 577.

¹⁹ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia romana*, 22 de diciembre de 2006.

²⁰ Cfr. VIAL, W., «Autotrascendenza e celibato sacerdotale: prospettiva psicologica», en TOUZE, L. y ARROYO, M. (eds.), *Il celibato sacerdotale*, 289-302.

²¹ Cfr. FRANKL, V., *Psicoanálisis y existencialismo*, 5ª ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1967, 161-167.

Una relación de amor genuina no es anónima ni proviene de impulsos ciegos inconscientes; no es fruto de una *voluntad de placer*, que es el móvil para Freud, ni de una *voluntad de poder*, como sería para Adler o Nietzsche. Hay una decisión enriquecedora que atrae, se elige un *tú*. Es un encuentro que supera con creces la búsqueda de placer egoísta. No es algo cosificable, sino manifestación de la relación del hombre con el mundo, con las cosas, con el prójimo, con Dios²².

El acto de amor posee una intencionalidad infinita que se colma cuando el objeto único y eterno, el *Tú*, es el mismo Dios. El amor humano se auto-trasciende y permite ver a Dios como una *Súper-persona*, capaz de ser amada y de amar. La trascendencia absoluta se transforma paradójicamente en intimidad²³. Como dijo von Gebattel, el amor verdadero crea uniones, la sexualidad aislada las destruye: «Todo auténtico movimiento de amor eleva»²⁴.

En este proceso de elevación es esencial querer y ser queridos. Se puede generar, en expresión de O'Callaghan, un círculo vicioso: si alguien es menos querido, comienza a querer menos; y si quiere menos se siente menos querido... «Sería imposible para el hombre vivir y amar sin ser amado, dar sin recibir, empeñarse sin ser reconocido»²⁵. Estamos ante un itinerario que requiere educación, aprender a no quemar etapas, saber dar sin buscar una gratificación inmediata.

La persona célibe participa en este dinamismo. Vive una aventura de amor y de amistad con Dios, al tiempo que quiere y acoge a la humanidad entera. Se alegra sin medida por llevar a Dios, que es Amor, a otras personas: «Así es la vida de la persona que ama y sabe esperar, sin certezas, sin seguridades, sin cálculos... pero goza de su amor más que nadie»²⁶.

2. IDENTIDAD DE LA PERSONA CÉLIBE

«Ustedes son de Dios, voy a rezar para que ningún otro amor les engañe», dijo una señora que pedía dinero en un semáforo a dos sacerdotes que pa-

²² Cfr. TORELLÓ, J. B., *Psicología abierta*, Madrid: Rialp, 1972, 89-95.

²³ Cfr. FRANKL, V., TORELLÓ, J. B. y WRIGHT, J., *Sacerdozio e senso della vita*, Milano: Ares, 1970.

²⁴ VON GEBATTEL, V. F., *Antropología médica*, Madrid: Rialp, 1966, 382.

²⁵ O'CALLAGHAN, P., «Querer ser querido», en LA PORTE, J. M. y TAPIA, S. (eds.), *La aventura del amor*, Roma: EDUSC, 2017, 97-110, 98.

²⁶ *Ibid.*, 102.

saban. Había reconocido en su vestimenta sacerdotal algo más profundo: una identidad que subyace a la entrega.

La identidad de cualquier persona célibe, aunque no sea sacerdote o vista un hábito, incluye aspectos externos, como el modo en que se presenta o se relaciona con los demás. Conviene ser naturales y adecuarse a los tiempos, pero las naturalidades que no calzan con la identidad hacen daño y el perjuicio no es sólo para el que desea vivir el celibato, sino también para quienes le rodean. Si alguien no manifiesta su condición, puede despertar en otros el legítimo deseo de entablar una relación más íntima, como también sucede en los casados, que si quieren ser fieles no disimulan su estado ni los signos externos.

La identidad surge de un compromiso de amor, de una amistad intensa y fuerte con Cristo, de un sentido de pertenencia especial a quien vivió para toda la humanidad con una entrega completa, sin contraer matrimonio. La persona célibe lo tiene como modelo también en este aspecto de su existencia, y transmite su cercanía a los demás. Con la razón y el corazón procura comprender la conveniencia de la vida que Jesús recomendó y eligió para sí, como perfecto hombre, y orienta sus afectos en esta dirección.

Con el celibato no se pierde nada de lo humano. Las notas esenciales de masculinidad o feminidad brillan de un modo nuevo. El varón célibe desea una fecundidad espiritual, que llena su aspiración a la paternidad. La mujer célibe también realiza su deseo de maternidad espiritual. Así se expresaba san Josemaría: «Hay mujeres solteras que difunden a su alrededor alegría, paz, eficacia: que saben entregarse noblemente al servicio de los demás, y ser madres, en profundidad espiritual, con más realidad que muchas, que son madres sólo fisiológicamente»²⁷.

La mujer y el hombre célibes estiman las cualidades y virtudes de las personas del otro sexo, pueden seguir aprendiendo el uno del otro y cabe entre ellos una cierta amistad prudente, que no perjudique la entrega a Dios. Renuncian a un trato encaminado a otro tipo de amores, a los actos específicos de la sexualidad y a cuanto pueda favorecerlos o los preceda –intimidad, galanteo, caricias, fantasías sensuales, etc.–, pero no a las expresiones de su peculiar modo de ser, que se manifiestan en todas las esferas y son una mues-

²⁷ ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 21ª ed., Madrid: Rialp, 2003, n. 106.

tra más de nuestra orientación relacional. Cada uno reconoce y valora la diversidad²⁸.

Conocer las diferencias protege el don. Los sacerdotes y seminaristas, por ejemplo, sabrán que una mujer, especialmente en algunos momentos como el luto, la depresión y otras crisis puede buscar con fuerza un asidero. Tratándolas siempre con afecto, sin exceso de efusividad, con delicadeza –y en ocasiones con una sabia distancia–, intentarán ver en ellas a una madre, a una hermana²⁹. Y las mujeres serán conscientes de la diferente emotividad de los varones, y lo tendrán en cuenta para ser finas en su comportamiento. La relación de un célibe con personas de otro sexo ha de ser franca en su intencionalidad y en su dinámica de gestos y comportamientos, sin ambigüedades, para evitar los riesgos de autoengaño o seducción³⁰.

La identidad abarca la dimensión sexual y el género, que han respetar el *lenguaje del cuerpo*. También por esto, «la Iglesia (...) no puede admitir al Seminario y a las Órdenes Sagradas a quienes practican la homosexualidad, presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas o sostienen la así llamada cultura *gay*»³¹. Se sabe además, que algunas personas, especialmente varones, que advierten un deseo sexual por personas del mismo sexo, tienen una impulsividad menos controlada en esta materia³², por lo que la continencia en el celibato les resultaría más difícil y penosa. A nadie que se considere a sí mismo homosexual le convendrá optar por el celibato, sin dilucidar su situación.

La comprensión del ser femenino o masculino y la coherencia de los pensamientos y las acciones con el ideal escogido refuerzan la identidad³³. Cuando falta la coherencia se rompen los procesos mentales y la lógica del pensa-

²⁸ Cfr. BURGGRAF, J., *¿Qué quiere decir género? Un nuevo modo de hablar*, San José (Costa Rica): Promesa, 2001.

²⁹ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres*, 29 de junio de 1995, n. 10.

³⁰ Cfr. URIARTE, J. M., *El celibato. Apuntes antropológicos, espirituales y pedagógicos*, Cantabria: Sal Terrae, 2015, 38-41.

³¹ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas de tendencias homosexuales antes de su admisión al seminario y a las órdenes sagradas*, 4 de noviembre de 2005, n. 2.

³² Cfr. DRAYNA, D., «Is Our Behavior Written in Our Genes?», *The New England Journal of Medicine* 354 (2006) 7-9. Para una revisión más completa: MAYER, L. y MCHUGE, P., «Sexuality and Gender. Findings from the Biological, Psychological, and Social Sciences», *The New Atlantis* 50 (2016).

³³ Cfr. VIAL, W. (ed.), *Ser quien eres. Cómo construir una personalidad feliz*, 2ª ed., Madrid: Rialp, 2017.

miento. Desde una perspectiva analítica, el *yo ideal*, o lo que uno espera de sí mismo, aparece inalcanzable y los mecanismos de defensa no son suficientes para salvar al *yo real*, que percibe la contradicción. Desde la psicología cognitiva, se advierten pensamientos distorsionados o paradójicos que acaban con la paz psíquica.

Las personas que se entregan a Dios en el celibato han de seguir esta norma de coherencia. No son seres sin ataduras, familiaridades, relaciones, parentesco o sujeción. Como quienes se casan, también ellos tienen un vínculo, un modo de ser y de pertenecer a Dios que se manifiesta en la manera de hablar, de vestir, de comer, de rezar... No se traduce esto necesariamente en singularidades o diferencias materiales, que en el caso de los laicos que viven el celibato puede no haberlas, sino en que todo su actuar refleje y dé a conocer la luz interior que poseen. La coherencia así entendida se relaciona con la unidad de vida, que impide la dispersión o la descomposición.

Como expresión de la unidad de vida, aparece la autenticidad que mana de la persona. El proyecto vital se transforma en el *escenario de la autenticidad* donde, afirma Yepes, uno es capaz de reconocerse como autor de su existencia, de acuerdo a una realidad profunda y una jerarquía de valores. La vocación se aprecia como un *encargo originario*, donde el éxito estará en ser fieles a ese proyecto de amor³⁴.

En ocasiones, la falta de coherencia puede estar favorecida por un modo de pensar para el que las decisiones definitivas son imposibles. «Una educación verdadera –señaló Benedicto XVI– debe suscitar la valentía de las decisiones definitivas, que hoy se consideran un vínculo que limita nuestra libertad, pero que en realidad son indispensables para crecer y alcanzar algo grande en la vida, especialmente para que madure el amor en toda su belleza; por consiguiente, para dar consistencia y significado a nuestra libertad»³⁵.

El Papa Francisco se ha referido también a esta capacidad: «Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada»³⁶. Parece atractivo aceptar que todo, hasta lo

³⁴ Cfr. YEPES, R., «La persona como fuente de autenticidad», *Acta Philosophica* 6 (1997) 1, 83-100. La expresión «encargo originario» es de Leonardo Polo.

³⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el IV congreso de la Iglesia italiana*, Verona, 19 de octubre de 2006.

³⁶ FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, 29 de junio de 2013, n. 52.

más definitivo, pueda modificarse. Pero sería como usar mal un analgésico: disminuye el dolor ante las equivocaciones, pero no cura y puede favorecer nuevas rupturas, como reconoce la psiquiatría³⁷. Por el contrario, saber que uno ha dicho que sí para siempre, y que Dios no nos deja aunque fallemos, despeja las dudas del camino, llena de paz y mueve a recomenzar.

La experiencia muestra que cabe tomar decisiones definitivas y duraderas, que existe la capacidad psíquica de hacer un acto de voluntad irrevocable fundado en el amor. No estamos atados a la inmediatez de las emociones, del *me gusta* o *me ha dejado de gustar*. Sin eliminar la afectividad, podemos subordinarla a la racionalidad. Por eso, se afirma que «el objetivo de la formación consiste precisamente en favorecer que surjan actitudes intelectuales sin darse sólo en las puramente emocionales»³⁸.

Este tipo de actitudes implica vivir con una particular atención o *mindfulness*, en expresión de la psicología positiva, que lleva a focalizarse en lo importante, a centrarse en el presente con serenidad. ¿Y qué hay más importante que saberse mirado por Dios y capaz de mirarle, capaz de ser amado y de amarle?

La fe en estas afirmaciones se convierte en el fundamento último de la entrega duradera. La fe sobrenatural permite ver con más claridad la identidad de criatura limitada, custodiar un compromiso y reinar sobre los sentidos internos y externos: gobernar pacíficamente los recuerdos, imaginaciones o sensaciones. Esto conlleva numerosas consecuencias prácticas. El día acabará en un diálogo con Dios, en que no cabe ni un *clíc* solitario y perjudicial. Todo se emplea para fortalecer la identidad. Las puertas de entrada al mundo interior, en particular la vista, se vigilarán con esmero.

Decía Sócrates al joven y lujurioso Alcibíades: «Los ojos del espíritu no empiezan a ver con claridad hasta la época en que los del cuerpo se debilitan»³⁹. Una persona enamorada de Dios en su celibato siempre será joven y tendrá que esforzarse ante los reclamos de la sensualidad, intentando ver con los ojos de la fe. Quien se exija hasta el final habrá labrado en su vida la identidad que Dios quería para ella o para él.

³⁷ Cfr. HEUSCHER, J. E., «Vocation, Celibacy and authenticity», *Comprehensive Psychiatry* 13 (1972) 5, 445-457.

³⁸ CENCINI, A. y MANENTI, A., *Psicologia e formazione. Strutture e dinamismi*, 13ª ed., Bologna: EDB, 2006, 55.

³⁹ PLATÓN, *El Banquete*, 268.

3. INTERIORIZAR LA LLAMADA

El mundo subjetivo, con sus pensamientos, memorias y deseos, ha de ajustarse también a quienes somos y queremos ser. Resulta importante, desde el punto de vista psicológico, mantener vivo el recuerdo claro y distinto de un compromiso libre: de haber tenido que insistir para ser admitido, de haber tenido que conquistar lo amado.

Se requiere además tomar conciencia de una misión, y de la virtud de la esperanza que permitirá poner con autonomía los medios para lograrla. Uno solo se empeña si espera alcanzar el objetivo propuesto y piensa que está ante una misión posible. Quien cree que el amor pleno y la felicidad se encuentran en Dios se llena de optimismo, «porque Él nos amó primero» (1 Jn 4,19), haciéndonos hijos suyos. Jesucristo, en particular en la Eucaristía, nos manifiesta su amor desinteresado, el *agapé de Dios*, capaz de transformarnos desde dentro⁴⁰.

Saber que tenemos una tarea estimula la responsabilidad, que puede ser definida como libertad positiva o libertad para algo, y deriva del verbo latino *respondeo*. Una persona responsable está llamada a responder, a dar razón de sus decisiones. Y para responder, es necesario que haya alguien que reciba y merezca esa respuesta: un familiar, un amigo, la sociedad y, sobre todo, Dios.

La persona libre y responsable llega a conocer que «la vida no es propiamente más que un préstamo»⁴¹, con un sentido particular. No es suficiente pensar en un sentido colectivo, como la procreación para perpetuar la especie, para eternizarse en los hijos. Si fuese así, se pasaría el problema de generación en generación. La existencia que en sí carece de significado no lo adquiere aunque se eternice. Sería tan absurdo como irse pasando una antorcha apagada de mano en mano. De ahí la expresión del poeta Wildgans, que Frankl utiliza: «lo que ha de alumbrar tiene que arder». La persona tiene que «consumirse, arder hasta el final»⁴². También quien vive el celibato ha de arder. Sin una preocupación sincera por los demás, sin querer y mostrar ese cariño, el sentido de la entrega se enturbiaría y se abriría paso a la tristeza. Un corazón frío se empaña por dentro.

Sobre la identidad y la autonomía se apoya la autoestima, unida a la caridad, pues el amor que Dios nos tiene la hace crecer y la sostiene. Con ella

⁴⁰ Cfr. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nn. 13-14.

⁴¹ FRANKL, V., *El hombre incondicionado. Lecciones metaclínicas*, Buenos Aires: Plantin, 1955, 101.

⁴² FRANKL, V., *Psicoanálisis y existencialismo*, 87.

se descubre en los demás a otros hijos de Dios, y se evita el peligro de hacer del celibato «una cómoda soledad, que da libertad para moverse con autonomía, para cambiar de lugares, de tareas y de opciones, para disponer del propio dinero, para frecuentar personas diversas según la atracción del momento»⁴³.

Es preciso evitar esa *cómoda soledad*, pero también el vacío y el aburrimiento, que pueden desembocar en placeres sucedáneos, como el autoerotismo –en ocasiones unido a una ansiedad exagerada– o la pornografía. Conviene fomentar, en cambio, actividades gratificantes que respeten la personal identidad. Es lo que Lewis refleja con la imagen de un diablo experto que regaña duramente a su joven sobrino, porque ha permitido que el hombre a él confiado «leyera un libro del que realmente disfrutaba, no para que hiciese comentarios ingeniosos a costa de él ante sus nuevos amigos, sino meramente porque disfrutaba de ese libro»; y «andar hasta el viejo molino y tomar allí el té: un paseo por un campo que realmente le gusta»⁴⁴. Es decir, por haberle dejado experimentar placeres verdaderos, cosa que va muy en contra de los intereses del infierno.

Un compromiso de amor pleno es entretenido y enriquecedor. Pero, incluso en el amor humano, si se olvida la misión, si se es egocéntrico, se arruina hasta el placer y pueden surgir enfermedades. Sin una buena interiorización del don, que permite superar búsquedas egoístas de placer, se «cortan las alas del espíritu»⁴⁵.

Tomar conciencia de la llamada al celibato es aceptar un desafío. Interiorizar el don es protegerlo: «En medio de nuevos estímulos, las tensiones de la vida pastoral, en vez de favorecer el crecimiento y la maduración, pueden provocar una regresión afectiva, que induce, bajo la influencia de una tendencia socialmente difundida, a dar espacio indebido a las propias necesidades y a buscar compensaciones, impidiendo el ejercicio de la paternidad sacerdotal y de la caridad pastoral»⁴⁶.

Con la actitud adecuada surge un santo orgullo por el carisma recibido. Se intenta mostrar a otros un estilo de vida positivo que vale la pena y no ha

⁴³ FRANCISCO, *Amoris Laetitia*, n. 162.

⁴⁴ LEWIS, C. S., *Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid: Espasa-Calpe, 1977, 76.

⁴⁵ REMPLEIN, H., *Tratado de psicología evolutiva. El niño, el joven y el adolescente*, Barcelona: Labor, 1971, 564.

⁴⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*, n. 84.

pasado de moda: se busca compartir una *preciosísima perla*⁴⁷. La satisfacción y el gozo fomentan la salud, la iniciativa y la perseverancia. Con esta idea del celibato, no se precisa del concepto psicoanalítico clásico de sublimación, en que el *yo* se defiende dirigiendo un deseo sexual que no puede ser satisfecho hacia otras actividades buenas capaces de producir emociones intensas: el *yo* de una persona célibe se colma con el amor a Dios. El sentido de compromiso agudiza el ingenio y estimula otro tipo de defensas cuando se despierta el deseo por lo que se ha dejado.

Ser conscientes de una vocación y responder a ella introduce en la vida trinitaria. Al profundizar en el propio corazón, se encuentran los ecos del amor de Dios. La fe mueve a aceptar el don, porque existe un Dios que confía en mí. La esperanza por llevar a término la misión se sostiene en que Dios espera algo de mí. La caridad completa el sentido de la entrega, porque Dios me quiere. La raíz del celibato del mismo Jesucristo, que conoce desde pequeño que debe ocuparse libremente de las cosas de su Padre (cfr. Lc 2,49), está en el amor trinitario⁴⁸.

4. OBSTÁCULOS PSICOLÓGICOS

En este proyecto del celibato, como en cualquier programa de vida, se encuentran obstáculos psicológicos. Algunos provienen de deficiencias en el modo de ser, que dependen de factores heredados o temperamentales y de las circunstancias ambientales, positivas o negativas, que dejan huella: la familia, la educación, la situación socioeconómica, la falta de cariño o abusos en la infancia, los vicios con su fuerza hecha costumbre, las marcas indelebles de experiencias sexuales anticipadas fuera del matrimonio, etc. Otros están ligados a la patología psíquica y sus múltiples causas, o van unidos a una mala realización del ideal asumido.

La mejor comprensión de este tema ayuda a prevenir problemas en quienes ya viven el celibato, y a que los responsables en el seminario o casas de formación puedan discernir mejor la idoneidad de los que aspiran a vivirlo⁴⁹. No-

⁴⁷ Cfr. Pío XI, Encíclica *Ad catholici sacerdotii*, 20 de diciembre de 1935, n. 32. La excelencia de la virginidad sobre el celibato se mantiene presente en el Vaticano II: cfr. Decreto *Optatam Totius*, 28 de octubre de 1965, n. 10; el celibato como un don es puesto de relieve en *Presbyterorum Ordinis*, n. 16.

⁴⁸ Cfr. AMATO, A., *Il celibato di Gesù*, Città del Vaticano: LEV, 2010.

⁴⁹ Para profundizar, cfr. VIAL, W., *Madurez psicológica y espiritual*, 348-355.

tar alguna deficiencia no implica concluir de inmediato que alguien no tiene condiciones, sino intentar identificarla y buscar remedio. Convendría desaconsejar el celibato a quien no hubiese alcanzado la madurez necesaria –serenidad, afabilidad, autocontrol, aceptación de los propios límites, equilibrio en los juicios, etc.–, padeciera un trastorno de personalidad o una enfermedad psíquica seria, estuviera obsesionado por la sexualidad o la viviera desenfrenadamente⁵⁰. Cuando quedan dudas es recomendable acudir a los especialistas.

Comenzaremos por describir algunas características del modo de ser que pueden resultar nocivas para las relaciones interpersonales y, por esto, también para el celibato. Suelen presentarse superpuestas y con muy distintos grados, desde un simple defecto a algo más patológico y radicado. Es posible modificarlas y mejorar, a condición de que se entiendan y acepten. En la base de muchas de ellas suele haber algo de egocentrismo o narcisismo. El hombre o la mujer que ponen su *yo* al centro de todo no están en condiciones de vivir una relación irrepetible con Dios y la creación, o de otras formas de donación, pues les mueve el egoísmo⁵¹. Cuando alguien piensa demasiado en sí mismo, es fácil que busque a toda costa placeres inmediatos; por esto, se afirma que el egoísmo es «la esencia de la lujuria»⁵².

Un primer rasgo es el perfeccionismo, que lleva al agobio ante problemas normales, a la inseguridad en las decisiones y a una ansiedad exagerada acerca del futuro: *¿qué será de mí?, ¿podré ser fiel a este compromiso que comienza a pesarme?* Se puede acompañar de voluntarismo en las tareas que se emprenden, donde el *yo debo* se antepone a otras motivaciones, y a un activismo con apariencia de eficacia. Algunas personas dedicadas al servicio de Dios emprenden numerosas iniciativas, a veces sintiéndose indispensables. Al principio vienen frutos, que se reciben con orgullo y aplausos. Es una trampa. Con frecuencia, se ve cómo rezan cada vez menos porque no tienen tiempo; sus actividades se parecen a un negocio humano, donde lo único importante son los resultados. Se alejan de los demás, porque sólo conciben una forma de hacer cualquier actividad: la suya. El brillo y la bondad del don van desapareciendo, para transformarse en una serie de obligaciones que se deben cumplir.

⁵⁰ La sexualidad incontrolada favorece aberraciones como la pedofilia, asociada a narcisismo, abusos en la infancia, consumo de pornografía y drogas: cfr. HUGHES, J. R., «Review of Medical Reports on Pedophilia», *Clinical Pediatrics* 46 (2007) 8, 667-682.

⁵¹ Cfr. TORELLÓ, J. B., *Psicología y vida espiritual*, Madrid: Rialp, 2008, 110-127.

⁵² PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, 3ª ed., Madrid-Bogotá: Rialp-Quinto Centenario, 1988, 241.

Los perfeccionistas no quieren dar problemas ni pedir consejo. Pueden mantener un compromiso sólo por un sentido del deber, sin el deseo de corresponder voluntariamente a un Dios que ama. Cualquier sensación o sentimiento que contradiga un poco la elección vital que han hecho les puede hacer temblar. La atracción por otros caminos o el hecho de no dominar el propio mundo emotivo les enfrenta a la verdad: *¡no soy perfecto!* Por este itinerario no es raro que se desgasten y lleguen a concluir que el celibato no era lo suyo, a pesar de llevar años viviéndolo. En su grado más patológico, el perfeccionismo constituye un trastorno de personalidad obsesivo-compulsivo.

Un segundo rasgo es la inestabilidad afectiva, con marcadas fluctuaciones de ánimo. Las emociones, los sentimientos y las pasiones se ven amplificadas o reducidas. No es que tengan una afectividad intensa, sino que está deformada. Se dan así fenómenos de dependencia afectiva con otras personas, susceptibilidad y reacciones desproporcionadas. Como con frecuencia tienen una percepción negativa de sí mismos, es atractivo ser parte de un grupo.

Cuando han asumido compromisos, surgen las comparaciones, se hace sentir el peso del juicio de los demás, baja la autoestima y crece el agobio ante lo que parece una falta de reconocimiento. Les ayudará crecer en humildad, reírse de sí mismos, y comprender que «cuando la felicidad se reduce sólo a un sentimiento, a instantes estelares, empieza a carecer de consistencia»⁵³.

Otra característica dañina es la tendencia a la inseguridad y a los escrúpulos. Puede darse en personas que han experimentado faltas de amor en la infancia y esperan suplirlo con la búsqueda del reconocimiento; tienen un gran miedo al fracaso y a las valoraciones que hagan los demás. Paradójicamente, a veces son muy rígidas en sus opiniones, aparentando una seguridad que anhelan. Quienes viven el celibato y sufren de obsesividad pueden incluir entre los temas de obsesión la sexualidad o ciertos aspectos de la entrega a Dios. Ocurre lo mismo en muchos tipos de vida: el síntoma psíquico refleja el mundo de la persona, sus aspiraciones, sus deseos, su cultura y tradición.

El miedo por sí mismo suele causar más tentaciones contra la virtud de la castidad y favorecer las caídas, con un mecanismo psicológico de *ansiedad anticipatoria*: el temor a sentir o pensar algo crea un círculo vicioso, por el que la sensación es aún más fuerte y aumenta el miedo. Para prevenir este problema, es importante la educación en los aspectos fisiológicos y experienciales de

⁵³ ROJAS, E., *Una teoría de la felicidad*, 25ª ed., Madrid: CIE, 1998, 36.

la sexualidad, que permita distinguir, por ejemplo, los fenómenos normales e involuntarios –experimentados más o menos conscientemente como placenteros y no por esto malos–, de una estimulación sexual libremente buscada. Sólo esta segunda sería un mal moral y señal de incoherencia para la persona célibe. A los escrupulosos les ayudará, además, convencerse de que en este mundo no es posible el 100% de certeza, y que también los buenos cristianos advierten dudas y tentaciones. La seguridad sólo viene de Dios.

Hay además quienes se dejan llevar por el victimismo, y tienden a ver cuanto les ocurre con ojos de mártires. Les descansa encontrar motivos para quejarse, para sentirse oprimidos. Pueden vivir el celibato como una esclavitud impuesta. Son muy sensibles, y con ellos se han de medir las palabras. Especialmente útil les resultará lo que dice Philippe: «Nuestra falta de libertad proviene de nuestra falta de amor: nos creemos víctimas de un contexto poco favorable cuando el problema real (y con él su solución) se encuentra dentro de nosotros. Es nuestro corazón el prisionero de su egoísmo o de sus miedos; es él el que debe cambiar y aprender a amar dejándose transformar por el Espíritu Santo»⁵⁴.

Estos y muchos otros rasgos tienen una base heredada. Uno puede ser más impulsivo, más fluctuante de ánimo, más pesimista... en parte como efecto de los genes. Ya Gregorio Magno explicó que algunas «complexiones son propensas a determinados vicios, pues los alegres están propensos a la lujuria, y los tristes a la ira»⁵⁵. Santo Tomás también se refiere a condiciones del temperamento, unidas a la fisiología, que inclinan a los vicios o a la virtud. Hablando de la continencia, dirá: «La fuerza o debilidad de la concupiscencia pueden ser debidas a una doble causa. A veces se deben a una causa corpórea, ya que algunos, por constitución natural, son más propensos que otros a la concupiscencia (...). [Otras veces], a una causa espiritual laudable: la vehemencia de la caridad o la fortaleza de la razón»⁵⁶. Su conclusión será que a nadie le falta la gracia de Dios para sobreponerse a lo que pueda ser más arduo en su camino. Incluso ante el temperamento heredado hay un margen de libertad.

⁵⁴ PHILIPPE, J., *La libertad interior. La fuerza de la fe, de la esperanza y del amor*, 7ª ed., Madrid: Rialp, 2005, 17-18.

⁵⁵ GREGORIO MAGNO, «La Regla pastoral, III, 3, 152», en *Obras de san Gregorio Magno*, Madrid: BAC, 1958, 103-233.

⁵⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 155, a. 4, ad 2; cfr. *ibid.*, q. 156, a. 1.

En las enfermedades mentales, cuyas causas son múltiples, la libertad interior disminuye o desaparece. Muchas arraigan sobre un carácter complejo. Cuando los rasgos peligrosos se hacen más llamativos y afectan el normal funcionamiento de la persona, constituyen ya una patología: los llamados trastornos de personalidad. Los cuadros médicos de ansiedad, los miedos patológicos, las fobias y obsesiones, varias formas de depresión, las adicciones o las dependencias suelen aparecer en personalidades alteradas. Cabe por tanto la prevención, si los padres y educadores fomentan y cuidan un buen modo de ser desde la infancia, si enseñan a actuar no sólo por deber o sentimiento, sino por amor, que es el núcleo de la fuerza de voluntad, tan necesaria también para forjar el carácter.

Mencionaremos sólo un ejemplo de patología en la que se observan distintos factores causales: la personalidad de base, elementos ambientales y una defectuosa realización del ideal o proyecto de vida. Se trata del síndrome de *burnout*, que literalmente significa *estar quemado*, y puede afectar a quienes se dedican a servir o ayudar a los demás: enfermeras, médicos, profesores, psicólogos, sacerdotes, etc. En los sacerdotes ha sido llamado «enfermedad del don de sí mismo» o «síndrome del buen samaritano desilusionado»⁵⁷. Una vez perdido el sentido de la actividad de servicio, no es raro que se cuestionen el celibato.

En el *burnout* los especialistas describen tres etapas⁵⁸. La primera es un *agotamiento emocional*, como respuesta al estrés, que lleva a la convicción de no poder seguir ayudando a otras personas, y de que ya se hace demasiado. A continuación, aparece la *despersonalización o cinismo*, que consiste en una reacción negativa hacia los demás y hacia el trabajo, frecuentemente acompañada de desconfianza. Quienes eran el objeto de sus atenciones o cuidados, las personas necesitadas o aquellos a los que se quería acercar a Dios, se ven lejanas y como un estorbo, lo que genera sentimientos de culpa.

La última etapa es la *escasa realización en el trabajo e ineficacia*. Se valora negativamente todo lo hecho, y la frustración desemboca en apatía, sentimiento de incompetencia y falta de idoneidad. Es frecuente que se cambie de trabajo o se rompa con los compromisos adquiridos.

Como dijimos, influyen factores personales y ambientales. Entre los primeros, están algunas de las dificultades de personalidad explicadas: perfeccionismo, autoexigencia, escasa tolerancia a la frustración, inseguridad o egocen-

⁵⁷ Cfr. IDE, P., «Le Burn-out, une urgence pastorale», *NRT* 137 (2015) 628-657.

⁵⁸ Cfr. MASLACH, C., *Burnout. The cost of Caring*, Los Altos (Ca): Malor Book, ISHK, 2003.

trismo. La persona suele tener unas expectativas alteradas, que pueden ser demasiado bajas: *no soy capaz de nada, no conseguiré ser nunca eficaz ni feliz*; o demasiado altas, con una grandiosidad exagerada: *soy sin duda el mejor*.

Los factores ambientales o externos dependen, en cambio, de la institución o del empleador. Algunos ejemplos son: sobrecarga de trabajo, recompensas insuficientes, deficiente formación para las tareas específicas que se encargan, falta de equidad en la distribución de tareas, y conflictos de valores. Son también negativos la soledad, el no ser escuchado o no percibir apoyo en momentos de dificultad o conflicto.

El *burnout* se desarrolla lenta y progresivamente y puede no ser reconocido hasta que es grave. A veces comienza después de un periodo de entusiasmo, al inicio de un trabajo o de un proyecto vocacional, unido al empeño por demostrar que se está en condiciones de sacar adelante una determinada tarea o ideal. El activismo es una consecuencia, que lleva a dejar de lado la familia, las amistades, el descanso o la vida de piedad. Tras esa primera fase llega el desaliento, y quien recibe una vocación al celibato, puede pensar: *no seré capaz de hacer lo que me piden, no es mi mundo*.

Hay analogías con las diversas profesiones a las que afecta esta enfermedad. Es muy frecuente en estudiantes de medicina y médicos. En ellos quizá influye querer un estatus, ganar dinero, sobresalir socialmente, olvidando que el médico está llamado a servir a sus pacientes. En el sacerdocio o en otras formas de vocación puede ocurrir algo similar: dejar de rezar porque no hay tiempo, perder de vista al modelo y querer brillar con luz propia, para acabar sintiéndose incompleto e inútil. Esto lleva a mirar demasiado el *campo del vecino*, a admirar el verdor del césped ajeno, sin centrarse en la tarea personal, sin aceptarse ni aceptar a los demás con rectitud, llegando a la depresión⁵⁹.

Un modo eficaz de prevenir el *burnout* y otros problemas relacionados, en quienes viven el celibato, será mantener vivo el sentido del don de uno mismo. Lo que quema no es tanto un trabajo abundante como uno sin sentido: son peligrosas la ausencia de actividad, por pereza o dejadez, y el exceso por activismo. Es preciso fomentar la vida interior y la madurez. Con una identidad fuerte no se derrumbará el edificio ni se abandonará el celibato, a pesar de las limitaciones personales o la falta de respuesta en aquellos a los que se desea transmitir el ideal del evangelio. Se hará realidad lo que apunta el Cantar

⁵⁹ Cfr. KHERIATY, A. y CIHAK, J., *The Catholic Guide to Depression*, Manchester: Sophia Institute Press, 2012, 167-201.

de los cantares: «Los océanos no serán capaces de extinguir el amor, ni los ríos de anegarlo» (Cnt 8,7).

Una vez asumido el celibato, siempre habrá que cuidarlo, especialmente en momentos de balance en torno a los 40 años: *¿qué ha sido de mi vida?, ¿he conseguido las metas?* Son épocas de *amores eólicos*, como los llama Rojas, en referencia a Eolo, el dios del viento en la mitología griega: cuando Zeus le daba la orden, Eolo liberaba los vientos, desencadenando tormentas y naufragios. Así sucede con algunas personas entradas en años y comprometidas, que continúan buscando nuevas relaciones y sentimientos, como si fueran adolescentes, y se arrastran a la ruina a sí mismos y a quienes tienen alrededor⁶⁰.

En definitiva, el celibato no es causa por sí mismo de alteraciones psicológicas, pero es necesario discernir bien las aptitudes y motivaciones. Tampoco el matrimonio remediará cualquier herida, como las faltas de autoestima o los deseos insatisfechos de una aceptación plena. «Para dar sentido a una vida en celibato y vivir sin peligrosas frustraciones, hay que permanecer siempre en el camino hacia una mayor plenitud de vida en Cristo Jesús, hacia un servicio siempre más comprometido con la humanidad»⁶¹.

5. ALCANZAR LA ARMONÍA EN EL CELIBATO

Maslow, como otros autores, sitúa la plenitud de vida o madurez en el equilibrio y la autorrealización, con independencia de lo que llama prejuicios morales. La supuesta bondad instintiva y natural del hombre le lleva a oponerse al autocontrol o disciplina –a la severa voz del deber–, y defiende una ambigua «espontaneidad, gratificación y elección propia»⁶². Lo importante será la satisfacción de las necesidades individuales, a partir de las más básicas, donde se encuentran la alimentación y la sexualidad.

Para comprender el celibato hace falta un presupuesto antropológico distinto: entender la existencia como empeño voluntario, alegre y pacífico; y a la vez como una *serena tensión*, como búsqueda de armonía más allá del equilibrio.

En esta perspectiva autotranscendente, Allport menciona seis características de madurez, a partir de la *extensión del sentido del yo*, que hace descubrir las

⁶⁰ Cfr. ROJAS, E., *¿Quién eres? De la personalidad a la autoestima*, 8ª ed., Madrid: Temas de Hoy, 2002, 66-70.

⁶¹ FERASIN, E., «Celibato», *Enciclopedia di Bioetica e Sessuologia* (2004) 441-445, 444.

⁶² MASLOW, A., *Motivación y personalidad*, Madrid: Díaz de Santos, 1991, 93.

necesidades de quienes nos rodean: «La madurez progresa –dice– en la proporción en que nuestras vidas dejan de estar centradas en la inmediata proximidad del cuerpo y en el yo»⁶³. Las otras cinco características son: una *cordial relación con los demás*; la *seguridad emotiva*, que facilita evitar reacciones excesivas ante las pulsiones, tolerar la frustración y tener presentes las convicciones y los sentimientos ajenos; la *percepción realista* para desarrollar las tareas, dejando aparte los impulsos egoístas y permaneciendo en contacto con el mundo real; la *comprensión de sí mismo con sentido del humor* –tomar distancia de las cosas y de nosotros–, para entendernos y entender a los demás; y, por último, una *concepción unificadora de la vida* y de su finalidad, que lleva a organizar la existencia de acuerdo a los valores.

A cada una de estas notas de la madurez no se llega espontáneamente, sino con un esfuerzo continuado que cuenta con la ayuda de otras personas. No se trata tampoco de que todos sigamos los mismos caminos para alcanzar la madurez. No estamos hechos en serie, sino uno a uno, como una obra de arte. Las circunstancias personales son muy variadas y es bueno aprender a interpretar la partitura común, de un modo único y de algún modo irrepetible.

El cristianismo, a diferencia de cualquier psicología, no sólo presenta unas notas, sino a Jesucristo como modelo para imitar y con quien entrar en relación: un modelo muy particular, pues él mismo actúa en los cristianos y los transforma. La persona célibe encuentra en la vida de Jesucristo y en sus enseñanzas el ejemplo y recibe de él la destreza para afinar cada cuerda de la existencia, con la esperanzada y humilde convicción de san Pablo: «Quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo» (Flp 1,6). Se aleja de un modo concreto de la *inmediatez del cuerpo*, y es capaz de lograr la armonía, donde resuenan como notas imprescindibles las bienaventuranzas y cada una de las virtudes.

En este marco, la castidad adquiere más relevancia, pues es indispensable para vivir el celibato con alegría: «Significa la integración lograda de la sexualidad en la persona, y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual»⁶⁴. Pablo VI lo expresaba de modo eficaz: «No es un yugo, es una liberación. No es un complejo de inferioridad, es una elegancia, gallardía del espíritu; no es una fuente de ansiedad y de escrúpulos, es una madurez

⁶³ ALLPORT, G., *La personalidad. Su configuración y desarrollo*, 2ª ed., Barcelona: Herder, 1968, 340, cfr. 329-367.

⁶⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2337.

de criterio y de dominio de sí; no es ignorar la realidad de la vida, es un conocimiento desinfectado de todo posible contagio, más lúcido y penetrante que aquella opacidad propia de la experiencia pasional y animal»⁶⁵.

La educación a la castidad siempre ha sido necesaria para la estabilidad psicológica, como explicaba Vallejo-Nágera: «Nos ha ayudado muchísimo a superar los problemas unidos a la edad. En cambio, la presunta libertad sexual que hoy se predica, ciertamente llena las salas de espera de los psiquiatras»⁶⁶. Pero «¿quién habla hoy de estas cosas? –se pregunta el Papa Francisco–. ¿Quién es capaz de tomarse en serio a los jóvenes? ¿Quién les ayuda a prepararse en serio para un amor grande y generoso? Se toma demasiado a la ligera la educación sexual»⁶⁷.

El célibe alcanza una armonía de sus afectos con un amor bien vivido: no es que sólo pueda y deba amar a Dios, sino que ese amor le lleva a la amistad, a querer a otras personas, pasando sus afectos por el corazón de Cristo, sin desear dominarlas o poseerlas con exclusividad. Su plenitud y realización estará en su relación con Dios y los demás, en el deseo de sacar adelante un proyecto, en el que compromete toda su personalidad, sin añorar de continuo otras posibilidades⁶⁸.

Dos bienaventuranzas forman como un acorde fundamental en la vida cristiana: la primera y la sexta. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos» (Mt 5,3); «bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios» (Mt 5,8). La persona célibe las interpreta en el desprendimiento de los bienes materiales –como todos hemos de procurar hacer–, y en la renuncia al matrimonio y a la formación de una familia terrena. Este doble desprendimiento permite su misión específica y le hará recibir mucho más ya en este mundo (cfr. Lc 18,28-30).

Cualquier cristiano ha de esforzarse por ser limpio de corazón para ver a Dios. «La castidad –no simple continencia, sino afirmación decidida de una voluntad enamorada– es una virtud que mantiene la juventud del amor en cualquier estado de vida»⁶⁹. Sin ella el corazón se enturbia y resulta difícil ver a Dios en los demás o intuir su presencia en la naturaleza. Si no se cuidara la

⁶⁵ PABLO VI, *Audiencia general*, 31 de marzo de 1971.

⁶⁶ OLAIZOLA, J. L. y VALLEJO-NÁGERA, J. A., *La puerta de la esperanza*, Barcelona: Planeta, 1992, 64.

⁶⁷ FRANCISCO, *Amoris Laetitia*, n. 284.

⁶⁸ Cfr. GARCÍA-MORATO, J. R., «La razón y los afectos. La armonía afectiva de la persona», en CABBANES, J. y MONGE, M. A. (eds.), *La salud mental y sus cuidados*, Pamplona: Eunsa, 2010, 75-84.

⁶⁹ ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, 42ª ed., Madrid: Rialp, 2007, n. 25.

castidad, el celibato –como aislada abstinencia del matrimonio– carecería de sentido.

La castidad tampoco tendría sentido si no se viviera la pobreza, que Jesucristo une al amor. «Nadie puede servir a dos señores, porque tendrá aversión a uno y amor al otro» (Mt 6,24). No cabe servir a Dios y a las riquezas. Cualquier amor que pretenda suplantar al Amor divino, creará un conflicto.

El panorama es grande y solos sería imposible conseguir una interpretación adecuada, mantener la tensión justa en cada momento. Se necesita del Espíritu Santo, que actúa en todo nuestro ser, incluso en el inconsciente. Permite ver el celibato como un carisma, acogerlo y preservarlo; facilita el dominio de la inteligencia y la voluntad, sobre el mundo de los sentimientos, emociones, pasiones y estados de ánimo. De Él viene la fuerza para respetar los significados del cuerpo, que no se reducen a sexualidad y erotismo, y para aceptarlo también como un regalo⁷⁰.

Al final de la vida, después de haber *afinado las cuerdas* del propio proyecto personal, se podrá captar el esplendor de una entrega definitiva en el celibato, o en el amor matrimonial. Es lo que le ocurre al ángel, en el célebre relato de Tolstoi, que al terminar su misión en la tierra, y después de haber observado las limitaciones humanas, se da cuenta de que Dios «quiere que cada cual viva para los demás, y por eso a cada uno revela lo que es útil a un tiempo a sí mismo y a los demás»; y comprende «que los hombres que creen vivir únicamente de sus propios cuidados no viven, en realidad, sino por el amor»⁷¹.

CONCLUSIONES

Hemos visto que es posible asumir el celibato de un modo sano, admirando el matrimonio. El desarrollo teológico posterior al Vaticano II ha sido de especial utilidad para profundizar en esta realidad. El significado pleno del celibato se capta sólo en una perspectiva psicológica autotrascendente, que lo identifica como un don cuya finalidad va más allá del bien personal, y aleja toda forma de narcisismo. La identidad de mujeres y hombres se mantiene y se fortalece, pero no de modo automático. Se requiere aprender de continuo, una voluntad fuerte, coherencia y unidad de vida, para corresponder con amor al Amor de Dios.

⁷⁰ Cfr. FRANCISCO, Encíclica *Laudato si'*, 24 de mayo de 2015, n. 156.

⁷¹ TOLSTOI, L., *El aprendiz de zapatero*, Alcalá la Real (Jaén): Alcalá, 2015, 62.

Esperanza, autoestima y gozo ante una vocación hecha propia se enlazan en una cadena lógica, que permite perseverar, crecer y anunciar a otros un proyecto que vale la pena. Puede haber obstáculos psicológicos que lo entorpecen, pero cabe prevenirlos y afrontarlos, con el acompañamiento espiritual y la ayuda de expertos, cuando sea necesario. La educación en una sexualidad humana positiva y auténtica permitirá una mejor comprensión y aceptación del fenómeno.

Al terminar el estudio, es más evidente que el celibato cristiano no se entiende sin referencias sobrenaturales. Una antigua inscripción en los relojes de sol decía: *Sine sole sileo*, si no hay sol me callo. Y en otra se podía leer: *El cielo es mi regla*. Como el sol, el sentido y el porqué del celibato han de estar presentes, y no en un ideal sino en una persona: Jesucristo. Cuando el amor a esa persona se renueva cada día libremente y se procura llevar a otros, es fuente de paz y de armonía.

Bibliografía

- ALLPORT, G., *La personalidad. Su configuración y desarrollo*, 2ª ed., Barcelona: Herder, 1968.
- AMATO, A., *Il celibato di Gesù*, Città del Vaticano: LEV, 2010.
- ARANDA, A., «La encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, cincuenta años después», *Scripta Theologica* 49 (2017) 403-425.
- BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005.
- BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el IV congreso de la Iglesia italiana*, Verona, 19 de octubre de 2006.
- BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia romana*, 22 de diciembre de 2006.
- BURGGRAF, J., *¿Qué quiere decir género? Un nuevo modo de hablar*, San José (Costa Rica): Promesa, 2001.
- CENCINI, A. y MANENTI, A., *Psicologia e formazione. Strutture e dinamismi*, 13ª ed., Bologna: EDB, 2006.
- CHUVIECO, E., *Sentido y vivencia del celibato de los laicos*, Madrid: Digital Reasons, 2017.
- CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis*, 8 de diciembre de 2016.
- CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas de tendencias homosexuales antes de su admisión al seminario y a las órdenes sagradas*, 4 de noviembre de 2005.
- DEL PORTILLO, Á., «El celibato sacerdotal en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*», en LORDA, J. L. (ed.), *El celibato sacerdotal. Espiritualidad, disciplina y formación de las vocaciones al sacerdocio*, Pamplona: Euns, Astrolabio, 2006; publicado antes en *Palabra* 32 (1968).
- DRAYNA, D., «Is Our Behavior Written in Our Genes?», *The New England Journal of Medicine* 354 (2006) 7-9.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 21ª ed., Madrid: Rialp, 2003.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, 42ª ed., Madrid: Rialp, 2007.
- FERASIN, E., «Celibato», *Enciclopedia di Bioetica e Sessuologia* (2004) 441-445.
- FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, 29 de junio de 2013.
- FRANCISCO, Encíclica *Laudato si'*, 24 de mayo de 2015.
- FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, 19 de marzo de 2016.

- FRANKL, V., *El hombre incondicionado. Lecciones metaclínicas*, Buenos Aires: Plan-
tin, 1955.
- FRANKL, V., *Psicoanálisis y existencialismo*, 5ª ed., México: Fondo de Cultura
Económica, 1967.
- FRANKL, V., TORELLÓ, J. B. y WRIGHT, J., *Sacerdozio e senso della vita*, Milano:
Ares, 1970.
- GARCÍA-MORATO, J. R., «La razón y los afectos. La armonía afectiva de la per-
sona», en CABANYES, J. y MONGE, M. A. (eds.), *La salud mental y sus cuida-
dos*, Pamplona: Eunsa, 2010, 75-84.
- GREGORIO MAGNO, «La Regla pastoral, III, 3, 152», en *Obras de san Gregorio
Magno*, Madrid: BAC, 1958, 103-233.
- HEUSCHER, J. E., «Vocation, Celibacy and authenticity», *Comprehensive Psy-
chiatry* 13 (1972) 5, 445-457.
- HUGHES, J. R., «Review of Medical Reports on Pedophilia», *Clinical Pediatrics*
46 (2007) 8, 667-682.
- IDE, P., «Le Burn-out, une urgence pastorale», *NRT* 137 (2015) 628-657.
- ISACCO, A. et al., «How Religious Beliefs and Practices Influence the Psycho-
logical Health of Catholic Priests», *American Journal of Men's Health* 10
(2016) 4, 325-337.
- JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres*, 29 de junio de 1995.
- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992.
- JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó. Catequesis sobre el amor humano*, 2ª ed.,
Madrid: Cristiandad, 2010.
- KHERIATY, A. y CIHAK, J., *The Catholic Guide to Depression*, Manchester: Sophia
Institute Press, 2012.
- LEONARDI, M., *Como Jesús. La amistad y el don del celibato apostólico*, Madrid:
Palabra, 2015.
- LEWIS, C. S., *Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid: Espasa-Calpe, 1977.
- LÓPEZ-DÍAZ, J., «Sacerdozio comune, sacerdozio ministeriale e celibato», en
TOUZE, L. y ARROYO, M. (eds.), *Il celibato sacerdotale. Teologia e vita*, Roma:
EDUSC, 2010, 213-225.
- MASLACH, C., *Burnout. The cost of Caring*, Los Altos (Ca): Malor Book, ISHK,
2003.
- MASLOW, A., *Motivación y personalidad*, Madrid: Díaz de Santos, 1991.
- MAYER, L. y MCHUGE, P., «Sexuality and Gender. Findings from the Biolo-
gical, Psychological, and Social Sciences», *The New Atlantis* 50 (2016).

- O'CALLAGHAN, P., «Querer ser querido», en LA PORTE, J. M. y TAPIA, S. (eds.), *La aventura del amor*, Roma: EDUSC, 2017, 97-110.
- OLAIZOLA, J. L. y VALLEJO-NÁGERA, J. A., *La puerta de la esperanza*, Barcelona: Planeta, 1992.
- OUELLET, M., *Celibato e legame nuziale di Cristo alla Chiesa*, Città del Vaticano: LEV, 2016.
- PABLO VI, Encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, 24 de junio de 1967.
- PABLO VI, *Audiencia general*, 31 de marzo de 1971.
- PHILIPPE, J., *La libertad interior. La fuerza de la fe, de la esperanza y del amor*, 7ª ed., Madrid: Rialp, 2005.
- PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, 3ª ed., Madrid-Bogotá: Rialp-Quinto Centenario, 1988.
- PÍO XI, Encíclica *Ad catolici sacerdotii*, 20 de diciembre de 1935.
- PLATÓN, «El banquete, o del amor», en *Diálogos*, 33ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1995.
- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado*, 8 de diciembre de 1995.
- REMPLÉIN, H., *Tratado de psicología evolutiva. El niño, el joven y el adolescente*, Barcelona: Labor, 1971.
- ROJAS, E., *¿Quién eres? De la personalidad a la autoestima*, 8ª ed., Madrid: Temas de Hoy, 2002.
- ROJAS, E., *Una teoría de la felicidad*, 25ª ed., Madrid: CIE, 1998.
- SARMIENTO, A., «Persona, sexualidad humana y procreación», en IZQUIERDO, C. y MUÑOZ, R. (eds.), *Teología: misterio de Dios y saber del hombre*, Pamplona: Eunsa, 2000, 553-581.
- SELIN, G., *Priestly Celibacy. Theological Foundations*, Washington (D.C.): Catholic University of America, 2016.
- TOLSTOI, L., *El aprendiz de zapatero*, Alcalá la Real (Jaén): Alcalá, 2015.
- TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, en *Obras completas*, III, Madrid: BAC, 1994.
- TORELLÓ, J. B., *Psicología abierta*, Madrid: Rialp, 1972.
- TORELLÓ, J. B., *Psicología y vida espiritual*, Madrid: Rialp, 2008.
- URIARTE, J. M., *El celibato. Apuntes antropológicos, espirituales y pedagógicos*, Cantabria: Sal Terrae, 2015.
- VATICANO II, Decreto *Optatam Totius*, 28 de octubre de 1965.
- VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 7 de diciembre de 1965.

- VIAL, W. (ed.), *Ser quien eres. Cómo construir una personalidad feliz*, 2ª ed., Madrid: Rialp, 2017.
- VIAL, W., «Autotrascendenza e celibato sacerdotale: prospettiva psicologica», en TOUZE, L. y ARROYO, M. (eds.), *Il celibato sacerdotale*, 289-302.
- VIAL, W., «Cómo alcanzar la madurez necesaria para casarse», *Palabra* 652 (2017) 64-67.
- VIAL, W., *Madurez psicológica y espiritual*, 3ª ed., Madrid: Palabra, 2016.
- VON GEBSATTEL, V. F., *Antropología médica*, Madrid: Rialp, 1966.
- YEPES, R., «La persona como fuente de autenticidad», *Acta Philosophica* 6 (1997) 1, 83-100.